



# actas

**del consejo general**

---

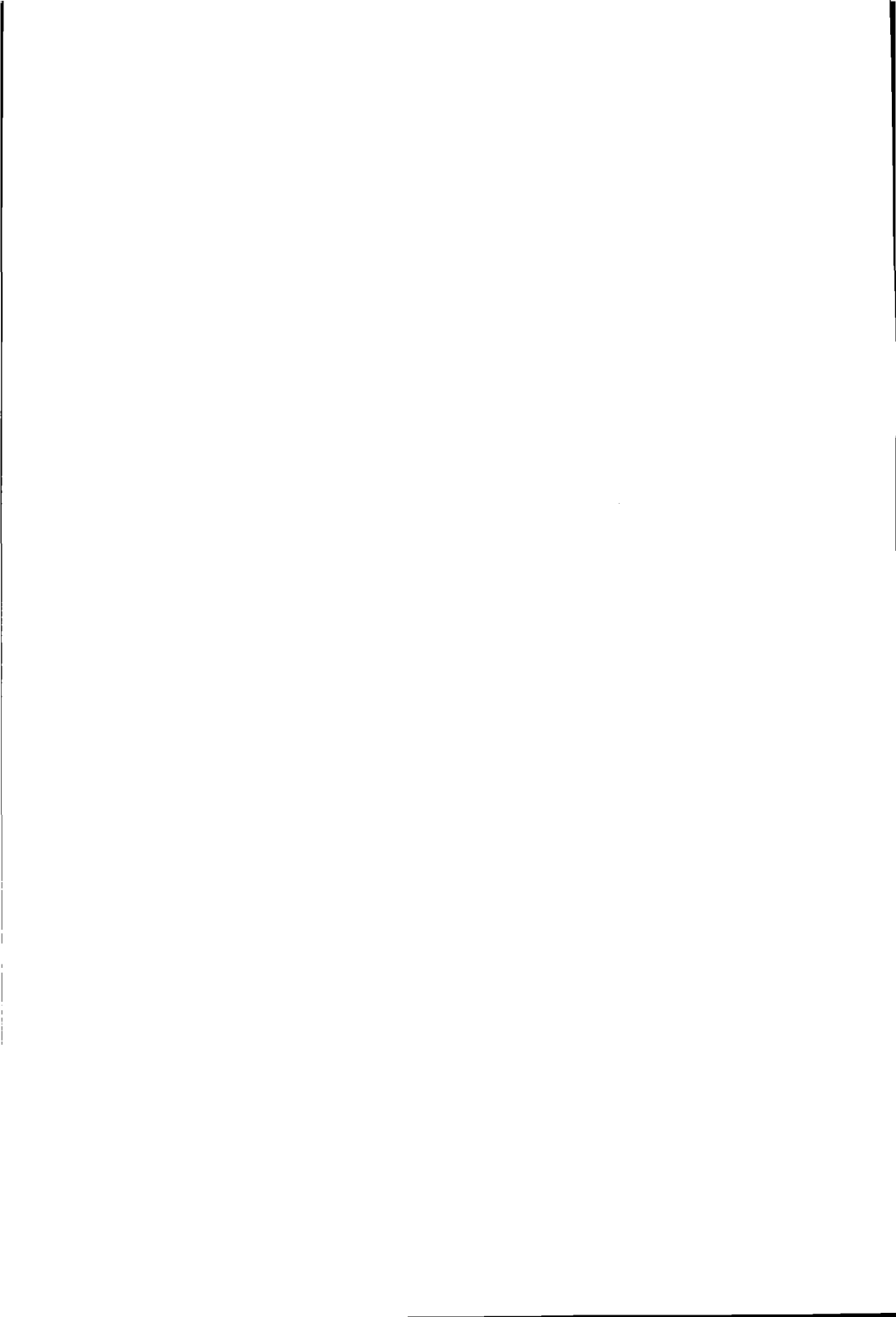
**año LXXVI**

**julio-septiembre de 1995**

**n.º 353**

órgano oficial  
de animación  
y comunicación  
para la  
congregación salesiana

**Direzione Generale  
Opere Don Bosco  
Roma**



# actas

**del consejo general  
de la sociedad salesiana  
de san juan bosco**

---

ÓRGANO OFICIAL DE ANIMACIÓN Y COMUNICACIÓN PARA LA CONGREGACIÓN SALESIANA

**N.º 353**

**año LXXVI  
julio-septiembre de 1995**

	<i>página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	<b>1. EN RECUERDO DE DON EGIDIO VIGANÓ: UN MENSAJE DE ESPERANZA 3</b>
	<b>2. Mensaje del Santo Padre y homilía del Vicario en la misa exequial 11</b>
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	2.1. Trabajar en equipo: colaboración y corresponsabilidad en el campo de la formación <b>20</b>
	2.2. "Identidad de la comunión en la Familia Salesiana de S. Juan Bosco" <b>27</b>
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	(No se dan en este número)
4. ACTIVIDAD DEL C. GENERAL	4.1. De la crónica del Rector Mayor <b>35</b>
	4.2. De la crónica del Consejo General <b>36</b>
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Breve apostólico para la beatificación de Magdalena Catalina Morano <b>50</b>
	5.2. Comisión Precapitular (XXIV CG) <b>52</b>
	5.3. Aprobado el nuevo texto de las Liturgia de las Horas <b>52</b>
	5.4. Nuevo obispo salesiano <b>53</b>
	5.5. Nombramientos significativos <b>53</b>
	5.6. Salesianos difuntos (2ª relación de 1995) <b>54</b>

Central Catequística Salesiana  
Alcalá, 164 - 28028 Madrid  
Edición extracomercial

---

Imprime: Gráficas Don Bosco - Arganda del Rey (Madrid)

## 1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

### 1.1 EN RECUERDO DE DON EGIDIO VIGANÓ: UN MENSAJE DE ESPERANZA

Roma, 1 de julio de 1995

El pasado 23 de junio de 1995, nuestro Rector Mayor don Egidio Viganó, séptimo sucesor de san Juan Bosco, volvía a la casa del Padre. Había muerto en la casa generalicia, asistido por sus hermanos Ángel y Francisco, confortado por la oración y el afecto de salesianos e Hijas de María Auxiliadora y rodeado de numerosos signos de estima de sus muchos amigos. El Santo Padre le había hecho llegar personalmente por teléfono una palabra de consuelo y su bendición.

El funeral puso de manifiesto la gratitud de salesianos y miembros de la Familia Salesiana a don Egidio Viganó por su infatigable servicio de orientación y animación, y puso de relieve la estima que gozaba en los ambientes eclesiales y civiles por su preparación teológica y su disponibilidad a la colaboración.

Hizo ver, sobre todo, la comunión que nuestra Congregación ha sabido crear en el mundo por sus comunidades y obras. Del mundo entero han llegado numerosos fax, telegramas y cartas de pésame y comentarios sobre la personalidad y la labor de don Egidio, firmados por personalidades ilustres y por gente sencilla.

Agradezco aquí muy cordialmente su adhesión a los inspectores, a las comunidades salesianas y a los salesianos que particularmente la han querido hacer llegar.

Se han hecho conmemoraciones en los muchos y variados lugares donde hay salesianos, y a ellas han asistido autoridades y pueblo. Particularmente significativa fue la que le dedicó la ciudad de Sondrio, su tie-

rra natal, el viernes 30 de junio. En la misma tomaron parte el Vicario del Rector Mayor y varios consejeros generales.

La herencia que nos deja, en continuidad con los anteriores rectores mayores y capítulos generales, es un tesoro inestimable de familia. Los oradores que han intervenido han subrayado sus aspectos más sobresalientes. Los amigos y la prensa han recordado su aportación a la reflexión pastoral del posconcilio y las empresas educativas que ha inspirado. Es prematuro intentar aquí un balance más completo, ni siquiera para la simple meditación. Se hará pronto en la carta mortuoria que se está preparando. Y nos servirá para el informe sobre el estado de la Congregación al próximo Capítulo General.

En cambio, parece más a tono con los acontecimientos transmitirlos las últimas páginas que escribieron don Egidio. Durante su enfermedad mostraba con frecuencia su deseo de enviar a los hermanos una meditación sobre el sufrimiento como momento privilegiado de la caridad pastoral. El Viernes Santo envió un mensaje que decía: *«Queridos miembros todos de la Familia Salesiana en el mundo: En este día sagrado de misterio y sacrificio, me siento especialmente unido a vosotros. Llevo varias semanas en una clínica; nunca había tenido la experiencia del Viernes Santo como un día extraordinario del carisma de san Juan Bosco. Sumergirse en el misterio del amor de Cristo, abrumado por el sufrimiento de la carne: no se descubre un momento más apropiado para estar con los jóvenes, animar a los hermanos y hermanas y dar fuerza a la Familia Salesiana. Es muy poco lo que puedo ofrecerles, pero lo hago en este clima de viernes de misión y pasión. Os agradezco las numerosas oraciones y os mando a cada uno, con afecto fraterno, mi mejor felicitación pascual. Pidamos al beato Miguel Rúa que nos haga sentir su ir a medias con san Juan Bosco. Vuestro afmo. en Jesucristo vencedor.»*

Sólo se trataba de desarrollarlo. Habría tenido el tono y el mérito de una experiencia personal.

Nosotros le animábamos a ello, conscientes del valor que tendría una reflexión hecha en las circunstancias que conocemos. Los días que estuvo en la enfermería de la Universidad Salesiana, cuando parecía que se encaminaba hacia un cierto restablecimiento, pidió las notas que había tomado con anterioridad. Se proponía desarrollarlas y dar forma definitiva a su carta mensaje.

Pero le traicionaron las fuerzas. La reaparición de los trastornos funcionales, con el consiguiente debilitamiento general, le impidió entrar de lleno en el tema.

En su mesa hemos hallado seis páginas escritas a mano. Ni siquiera se trata del primer punto, sino sólo de la indicación de ideas que hilvanar. Aparecen las que más grabadas tenía en su corazón: Jesús buen pastor que da la vida por los suyos y que, en consecuencia, merece que Dios lo resucite; la caridad pastoral, la gracia de unidad, el "da mihi ánimas", la contemplación salesiana.

Con los demás miembros del Consejo he pensado que tales páginas, aunque en estado germinal, son una especie de testamento "sui géneris", fácil de comprender y precioso para quienes han conocido a don Egidio directamente o a través de sus escritos.

JUAN E. VECCHI  
Vicario del Rector Mayor

\* \* \*

*Queridos hermanos:*

Os veo dedicados en cuerpo y alma a la preparación del próximo XXIV Capítulo General: será otro paso adelante para la vitalidad del carisma de san Juan Bosco. Concentremos la oración, los sacrificios y la reflexión para un crecimiento en fidelidad a los orígenes y a nuestra época. En los últimos meses he experimentado personalmente lo que supone de nuevo en nuestra vida el estado de enfermedad al principio de la vejez. Es una especie de "inculturación" en el sufrimiento que abre una perspectiva diversa, pero inseparable y penetrante, sobre la identidad de la propia vocación y sobre los aspectos más vitales del propio carisma.

Para iluminar salesianamente esta peculiar experiencia, he querido leer de nuevo lo que sabemos de los últimos cuatro años de vida de san Juan Bosco: su vejez, marcada por no pocos sufrimientos, desde 1884 a primeros de 1888, es decir, de los 69 a los 72 años. Cuando cumplió 70, su debilidad y agotamiento eran tales, que un médico exclamó: «¡Es como si cumpliera cien!». Me he encontrado delante a un "fundador" que no cedía en sus altas responsabilidades de portador de un carisma concreto que se le había encomendado. A la propuesta de León XIII de buscarse un sucesor, prefirió la de un vicario con derecho a sucesión, cuidando así desde la cumbre, a pesar del sufrimiento, algunos aspectos vitales para toda la Congregación.

Impresiona la descripción de su estado de salud: de la vista a las piernas, de los pulmones a la insuficiencia en varios órganos vitales. Pero no se encerró en una enfermería para cuidarse, sino que demostró intrepidez espiritual e incluso temeridad para afrontar viajes agotadores, sin que para ello fueran óbice la prohibición de los médicos ni la resistencia de sus salesianos. Primero fue a Francia (marzo de 1884), poco después a Roma (abril-mayo); dos años más tarde a Barcelona (abril-ma-



yo de 1886) y Milán (septiembre de 1886) y, por último, de nuevo a Roma para la consagración del santuario del Sagrado Corazón.

Lo que más llama la atención en este modo de afrontar el sufrimiento es indudablemente su entrega en cuerpo y alma a la vasta obra que había puesto en marcha. A primera vista, aparecen las urgentes preocupaciones económicas (para el templo del Sagrado Corazón en Roma, para su empresa misionera, para las necesidades de los jóvenes pobres de sus obras, para no dejar deudas a su sucesor); sin embargo, hay también otra vertiente que le preocupaba: el asunto de los “privilegios” para su Congregación, la autenticidad del Sistema Preventivo (la célebre carta de Roma), el trabajo misionero, la fidelidad al Papa y la defensa de su magisterio, el testamento que debía dejar a los salesianos, los sueños sobre el porvenir de la Congregación. Nunca dejó de ser la cabeza y el corazón de su obra: predominaba en él la responsabilidad del “fundador”, fortalecida por el calvario que estaba pasando: la luz de la cruz sobre la autenticidad del carisma.

Por mi parte, al meditar el testimonio tan excepcional de nuestro querido fundador y padre, he pensado concentrar la reflexión y la capacidad de orientación en un tema central de nuestro espíritu, que cada vez necesita más profundización, sobre todo después del reciente Sínodo sobre la Vida Consagrada.

Cuando Don Bosco volvía de su largo viaje a Barcelona, se detuvo en el seminario de Grenoble. En el discurso de bienvenida, le dijo el rector: «Nadie conoce mejor que usted en qué medida santifica el sufrimiento». Y Don Bosco comentó sutilmente: «No, señor rector; lo que santifica no es el sufrimiento, sino la paciencia».

En esta expresión hay una profundidad espiritual que muestra la identidad del verdadero espíritu salesiano, cuyo centro es la *caridad pastoral*. Ciertamente es hermosa la conocida expresión de *contemplativus in ac-*

*zione*, pero no expresa la totalidad del secreto del espíritu de san Juan Bosco, en quien, enfermo, brilla radiante el lema que había escogido para identificar su secreto: *da mihi ánimas*. Es la entrega de sí mismo por la salvación de los jóvenes lo que vivifica toda la existencia: la de la actividad y la de la paciencia. Es el verdadero aliento del alma salesiana, como dejó escrito el beato Felipe Rinaldi. En la impotencia física de nuestro Padre aparece vigorosa y clara la actitud permanente y totalizadora del *da mihi ánimas*: «Por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo; por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida». <sup>1</sup> Tenía razón el beato Miguel Rúa al decir: «No dio paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas». <sup>2</sup>

1 Cf. Constituciones 14

2 Cf. Constituciones 21

La observación de Don Bosco sobre la importancia de la paciencia nos sirve, pues, para comprender el verdadero significado de la caridad pastoral.

Aquí es obligado llevar nuestra reflexión al misterio mismo de Cristo, a su corazón, a los acontecimientos de su vida.

Más que hablar de *caridad pastoral*, como tema de reflexión abstracta, nos queremos volcar en el testimonio existencial de Jesucristo como *buen pastor*, es decir, con la óptica viva de un dato histórico que está en el origen de toda la vocación cristiana y que nosotros debemos percibir y profundizar para llegar a la raíz más honda de nuestro espíritu.

Se trata de una reflexión de carácter explícitamente cristiano, que no parte de conceptos, por sublimes que sean, sino del realismo de la historia: personas, acontecimientos, datos de hecho.

No olvidemos nunca que la fe cristiana nos concentra siempre en la historia; nos liga a una vivencia que es anterior a las elaboraciones conceptuales y a las mismas estructuras sacramentales.

Para comprender la caridad pastoral, primero hay que sentir los latidos del corazón del Buen Pastor en su existencia terrena, lo mismo que para comprender la Eucaristía hay que remontarse primero a los acontecimientos históricos del Calvario.

Así pues, para nuestras reflexiones hay un verdadero salto cualitativo de supremo realismo. La explicación de las consideraciones conceptuales y del significado objetivo de todo el orden sacramental se halla clara y objetiva en una realidad histórica anterior.

El Sínodo sobre la Vida Consagrada nos ha ofrecido la plataforma para este salto benéfico. En efecto, si la Vida Consagrada es constitutiva de la naturaleza de la Iglesia, debemos remontarnos al misterio de Cristo en sí mismo para explicar su origen y su identidad.

Podemos resumir esa consideración diciendo con seguridad que Jesucristo es el fundador de la Vida Consagrada y el iniciador de la pastoral de la Nueva Alianza.

Dos aspectos inseparables en él, manifestados en la más intensa *gracia de unidad* que podemos imaginar.

Recordemos lo que afirma Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «El Espíritu del Señor está sobre mí (Lc 4, 18). El Espíritu no está simplemente sobre el Mesías, sino que lo llena, lo penetra, lo invade en su ser y en su obrar. En efecto, el Espíritu es el principio de la consagración y de la misión del Mesías: porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva... (Lc 4, 18). En virtud del Espíritu, Jesucristo pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios, que lo llama, elige y envía. Así el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación».<sup>3</sup>

Es aquí donde encontramos la revelación clave sobre lo que es la caridad pastoral en su primera fuente, la vocación fundamental de Jesucristo a ser el buen pastor: «Ha resucitado el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas».<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Pastores dabo vobis 19

<sup>4</sup> Misal Romano, antifona de comunión del IV domingo de Pascua

«El contenido esencial de la caridad pastoral es la *donación de sí*, la *total donación de sí a la Iglesia*». <sup>5</sup>

5 Pastores dabo vobis 23

En el corazón de Jesús vemos que la consagración está vinculada orgánica y vitalmente a la pastoral.

En su ministerio público, Jesucristo se preocupó de formar un grupo de comprometidos por el Reino, eligiendo a los Doce para un servicio de caridad pastoral y dándoles una potestad de animación y una capacidad de influjo para que creciera vigorosa la gracia de unidad entre consagración y misión.

Es importante subrayar que entre consagración y ministerio apostólico hay, en la realidad histórica anterior a la estructura sacramental, un sentido vital por el que no hay ningún consagrado que no esté en unión orgánica con el ministerio apostólico y, viceversa, el ministerio apostólico está plenamente al servicio de los consagrados.

Si en el Sínodo los obispos, al hablar de los consagrados repitieron una y otra vez: *de re nostra agitur*, también los consagrados, cuando hablan del ministerio apostólico, deben repetir con alegría y convicción: *de re nostra agitur*.

EGIDIO VIGANÒ  
Rector Mayor

## 1.2 MENSAJE DEL SANTO PADRE Y HOMILÍA DEL VICARIO EN LA MISA EXEQUIAL

*La solemne misa exequial en sufragio de don Egidio Viganó, presidida por don Juan E. Vecchi, vicario del Rector Mayor, asistido por sus dos hermanos salesianos, don Ángel y don Francisco, los miembros del Consejo General y varios obispos salesianos, fue concelebrada por unos quinientos sacerdotes el lunes 26 de junio en el templo romano de san Juan Bosco. Asistieron a la celebración ocho cardenales (los tres salesianos de Roma —Rosalío Castillo Lara, Antonio Javierre Ortas y Alfons Stöckler— más Eduardo Martínez Somalo, Pío Laghi, Eduardo F. Pironio, Achille Silvestrini y Adrianus Simonis), unos treinta obispos, la Madre General de las Hijas de María Auxiliadora con su Consejo, representantes de todos los grupos de la Familia Salesiana y numerosos jóvenes y gente sencilla que había acudido al templo para rezar por el séptimo sucesor de san Juan Bosco. Entre las autoridades civiles, merece un puesto especial el secretario general de la Presidencia de la República Italiana en representación de su presidente, Óscar Luis Scálfaro, que no pudo asistir por hallarse fuera de Italia.*

*El Santo Padre mandó por telegrama un mensaje, que leyó al principio de la celebración el cardenal Rosalío Castillo Lara. Decía así:*

He recibido con pena la dolorosa noticia de la muerte del Rdm. don Egidio Viganó, Rector Mayor de esa Sociedad Salesiana de san Juan Bosco. Me uno de corazón al dolor que en este momento siente vuestra Congregación. Al recordar con admiración y afecto la profundidad de su preparación cultural, como eminente profesor de Teología de la Vida Consagrada e iluminado educador de los jóvenes según el mé-

todo de su venerado Fundador, doy gracias al Señor por haber dado a su Iglesia una figura tan modélica de sacerdote lleno de celo, generosamente entregado a la nueva evangelización del mundo contemporáneo y valioso colaborador de la Sede Apostólica. Elevo a Dios fervidas oraciones para que acoja a este su siervo bueno y fiel en el gozo de la eternidad que se merece quien, como don Egidio, ha gastado toda su vida en la plena dedicación a la gloria de Dios y al bien de las almas. Aprovecho esta ocasión para enviarle a usted, [don Juan Vecchi], a la Familia Salesiana y a cuantos en este momento comparten el dolor de su partida, el consuelo de la bendición apostólica, como señal de mi más sentido pésame en este momento de aflicción.

*Juan Pablo II*

*Por su parte, don Juan E. Vecchi tuvo durante la celebración la siguiente homilía, que reproducimos en su totalidad.*

Resulta extraño proclamar las bienaventuranzas en presencia de un féretro y ante una comunidad que ha sufrido una grave pérdida. Extraña porque las bienaventuranzas son constataciones de una felicidad que ya se disfruta y la enhorabuena por un bien presente y definitivo, más que un código de conducta y la promesa de una recompensa o una página didáctica.

Anunciamos que Dios hace hoy felices a quienes lo buscan, se abren a su presencia y le confían su existencia. Porque la vida aparece entonces como un don mayor de lo que podíamos esperar o desear, y nosotros captamos sus dimensiones más verdaderas: la gracia, la justicia, la alegría de la donación de sí mismo.

La raíz de esta felicidad —nos dice también la Pala-

bra de Dios— es el Espíritu que mora, actúa y habla en nosotros. Hace que nazca y se desarrolle la conciencia de que somos hijos de Dios. Hace que nos dirijamos a él con el nombre de “Padre” y que veamos la vida a la luz de esa relación.

Comenzamos entonces a vivir en la historia de otro modo, porque comprendemos que está llena de la misma presencia. Por la venida de Cristo, toda la realidad es como una parturienta que se halla a punto de vivir la experiencia de la maternidad y como un centinela que, con la cabeza erguida y la mirada fija, escruta el horizonte en espera del signo de liberación.

Es el testimonio de Dios a favor de la vida. Frente a él no resisten las dificultades pasajeras ni el agotarse de nuestras fuerzas.

La muerte en Cristo no anula la felicidad, sino que hace que madure su semilla. No es destrucción de lo que hemos tratado de hacer, sino su perfección.

Hoy, pues, llega a su plenitud, para don Egidio y para nosotros, lo que él trató de hacer y ofrecernos en su existencia terrena.

✧ Damos gracias al Señor, en primer lugar, por *la llamada a la vida salesiana* que el Espíritu hizo oír en su corazón de muchacho y por la respuesta que dio.

Don Egidio ha sido un hijo espiritual de san Juan Bosco: hijo, discípulo convencido, intérprete convincente y prolongación de su paternidad. En estos días se habla de muchas de sus cualidades y realizaciones; pero la gracia que unifica a todas en una fisonomía concreta es su vocación salesiana: es su índole propia, su código genético, el centro desde donde se plasma su identidad.

Su vocación, preparada en una familia de fe sencilla pero sustanciosa, floreció en el ambiente vivaz del oratorio. Esta obra, patria del carisma salesiano, quedó indeleble en su memoria, en su pensamiento e incluso en su lenguaje. “Oratoriano” es una referencia clave en su

reflexión carismática. Del "tipo oratoriano" conservó algunos gestos y gustos hasta sus últimos años; pero, sobre todo, iluminó los valores pastorales y espirituales del oratorio, como paradigma de vida y acción.

La experiencia misionera, según expresión de don Egidio, dio a este germen vocacional una mayor apertura a las culturas, a las geografías y a los problemas. Supo comprender que, bajo unas formas sencillas, había riquezas que podían servir para los contextos más variados, doquier se halle el hombre.

Su respuesta adquirió madurez en la formación, en la vivencia comunitaria y en la práctica pastoral; pero, sobre todo, fue llevada a una reflexión orgánica, basada en una confrontación incansable con las orientaciones de la Iglesia, los retos de los jóvenes y las corrientes culturales.

Este patrimonio de vivencia y meditación del carisma nos queda como herencia de su rectorado. Sus circulares, el comentario anual de los aguinaldos, la predicación de retiros, los diálogos personales y sus orientaciones de gobierno transmiten claridad y entusiasmo juvenil por la singular experiencia de Dios que nació con san Juan Bosco.

La historia del Fundador, la original inspiración evangélica que está en su base, la sintonía con la reflexión eclesial sobre la vida consagrada y la lectura de los signos de los tiempos fueron como reflectores para iluminar una realidad que siempre vio como un don del Espíritu a la Iglesia, abierto a expresiones inesperadas.

Tenía la convicción de que estaba frente a una mina de la que siempre es posible sacar nuevas riquezas, y a ello aplicaba la seriedad de su pensamiento, el latir de su corazón, su capacidad de comunicación y el esfuerzo de llevarlo a la práctica.

Amó el carisma; más aún, se sentía orgulloso de él. Nunca dudó de su futuro y fue juvenilmente entusiasta de sus realizaciones. Trató de comprenderlo siguiendo la vida concreta de la Congregación y de la Familia Sa-



lesiana real, a la que también veía como espacio donde el Espíritu sugiere y produce novedades: los interrogantes, retos, empresas, pruebas y desarrollos propios de nuestro tiempo.

Había en él un sentimiento casi espontáneo, que comentaban algunos de sus más próximos; lo recordamos ahora con modestia: para don Egidio, sin pretender comparaciones, lo salesiano y los salesianos eran siempre "lo mejor", como los hijos para sus padres. Era una clasificación de pertenencia, afecto y deseo. A sus hermanos de Congregación se los imaginaba extraordinarios y así los quería cultural y pastoralmente, sobre todo en medio de los jóvenes. Y daba a gracias a Dios por haberlo hecho padre de una familia así.

De este amor, guiado por la inteligencia y siempre abierto a realizaciones, han nacido algunas expresiones sintéticas que son como un concentrado de la espiritualidad salesiana: gracia de unidad, corazón oratoriano, éxtasis de la acción, interioridad apostólica, caridad pedagógica, método de la bondad, creatividad pastoral, evangelizar educando.

✧ Damos gracias a Dios porque *su palabra y su dirección nos han arraigado aún más en Cristo.*

La índole salesiana, que en él era una segunda naturaleza, tenía una fuente de alimentación: Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por los jóvenes. Nos ha enseñado a contemplarlo y a amarlo.

Cuando un periodista le rogó que le indicara su oración preferida, confesó que era la invocación eucarística: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!». Era su meditación de cada día, que modulaba de mil formas según las experiencias, situaciones personales y acontecimientos: la muerte de Jesucristo como expresión suprema del amor de Dios al hombre y como crítica de cuanto se hace en el mundo para cerrarle los horizontes de la vida.

La resurrección, como inoculación de energía divina en la historia, transfiguración definitiva de la existencia humana, garantía de victoria para cada uno y para la humanidad, plenitud efectiva de la vida nueva.

La resurrección fue su tema preferido. Cultivar el gozo del amor de Dios y la seguridad del triunfo del bien era lo que creía más conveniente para un educador de jóvenes. Por eso apoyó, junto al vía crucis, la representación y práctica del "via lucis", itinerario de meditación juvenil sobre la resurrección; por eso quiso un "collado de las bienaventuranzas juveniles" en la tierra natal de san Juan Bosco.

Desde el centro del misterio de la muerte y resurrección, su reflexión toma múltiples caminos: Cristo, modelo de nuestra caridad pastoral; Cristo, revelación del hombre donde inspirarse para el proyecto educativo; Cristo, fuente de la que brota la vitalidad de nuestra consagración; Cristo, energía de transformación para los jóvenes por la palabra educativa, los misterios celebrados y la amistad de testimonio del adulto.

Su palabra sobre Jesucristo es vigorosa y vibrante; es más una profesión personal de fe que una lección. Vale la pena oír un fragmento: «En Jesucristo se hizo presente para siempre jamás toda la Palabra. Él es el hombre nuevo, el Señor de la historia, el centro y la fuente de cualquier nueva dimensión profética. Cristo es el novísimo absoluto de la actuación de Dios en el devenir humano... A su luz se podrá ver, desde el interior de las mentalidades culturales, el aspecto cristiano de muchos temas de actualidad: amor, solidaridad, liberación y justicia, verdad y conciencia, sentido del pecado, conflictos y perdón».

✧ También damos gracias porque *nos ha situado en el movimiento vivo de la Iglesia.*

Su adhesión y conformación con Cristo lo llevaba a vivir cada vez más profundamente insertado en la Iglesia, 'humus' de los carismas, espacio privilegiado del

Espíritu, signo e instrumento de salvación. La veía como su familia, su casa materna. Seguía su vida y vicisitudes con alegría y fe, sin ingenuidad, pero también sin críticas inútiles para la pastoral, consciente de sus limitaciones humanas, pero también de su dimensión divina; punto de conjunción entre el misterio de Dios y la historia del hombre. En sus viajes la había encontrado como factor imprescindible de humanización y portadora del sentido de Dios.

De la Iglesia tuvo una experiencia singular en las cuatro sesiones del Concilio. Las vivió con intensidad como el hecho cumbre del Espíritu en nuestro siglo y habló de ellas una y mil veces, sin que por ello decayera su entusiasmo. Su colocación era siempre, según una expresión habitual en él, «en la órbita del Concilio».

Fue una conversión teológica, cultural y pastoral, que marcó definitivamente su mentalidad y su enseñanza religiosa. De él tomó las orientaciones doctrinales y las iniciativas prácticas de la Familia Salesiana, procurando discernir —en la oración, en la meditación y en el intercambio de experiencias— entre renovación perdurable y moda pasajera.

La vida de la Iglesia, en su tarea de comunión y en sus incumbencias dramáticas, la había palpado también participando en las tres sucesivas conferencias latinoamericanas de Medellín, Puebla y Santo Domingo y en los Sínodos de los obispos. Esta participación la veía no como un privilegio personal, sino como un regalo de Dios a sus hermanos y hermanas de religión.

Su esfuerzo y ilusión eran, efectivamente, que no viéramos lejos o desinteresados de lo que hace el Espíritu en la comunidad cristiana: los carismas, la santidad, los movimientos de evangelización, el diálogo de la mentalidad cristiana con los problemas de la modernidad.

El sentido de Iglesia incluía un agradecimiento cariñoso al Papa por su servicio de animación a la comunidad cristiana y una adhesión de fe a su magisterio. No

era sólo un criterio de disciplina; lo consideraba un aspecto imprescindible de la caridad pastoral, que no puede concebirse fuera de la comunión y de sus puntos de referencia. Lo veía como un valor irrenunciable de la tradición salesiana; pero, como no ignoraba sus dificultades, lo iluminó con ejemplos y motivaciones adecuadas al contexto actual.

✧ Y damos gracias porque *nos ha mostrado con eficacia, en María Auxiliadora, la imagen de nuestra vocación a la consagración apostólica*, para que Cristo nazca en el corazón de los jóvenes mediante una educación inspirada en la bondad y en la ternura.

Inauguró su período de gobierno con una circular: “María renueva la Familia Salesiana”. Fue una inspiración que tuvo un Viernes Santo al contemplar a la Santísima Virgen al pie de la cruz. Empieza con una invitación singular: «¡Acojamos a María en nuestra casa y en nuestras comunidades, pero también en nuestros planes pastorales, en nuestra vivencia espiritual y en nuestros programas de educación!». Veía en ella el modelo de la plena disponibilidad a Dios y del servicio a los jóvenes, la imagen de la Iglesia en su virginidad y en su maternidad.

María Auxiliadora es la Virgen de los grandes comienzos: la encarnación o la revelación de Jesús en Caná; es la Virgen de las horas pentecostales o de renovación; es la Virgen de los tiempos difíciles. Es el estímulo a la audacia apostólica, a “empezar”, como san Juan Bosco, incluso sin la seguridad de los medios materiales, porque el Verbo nace siempre virginalmente.

En 1984 dispuso el acto de consagración de la Familia Salesiana a la Santísima Virgen y reconoció a la Asociación de devotos de María Auxiliadora como miembro de dicha Familia.

Todas sus circulares terminan con una página mariana. No se trata sólo de estilo. Quien las repasa hoy, encuentra en ellas el punto de encuentro de los tres

motivos que están en el centro de nuestra vocación: Cristo, el hombre, la Iglesia.

Las bienaventuranzas anuncian el cumplimiento pleno de todo esto para don Egidio, pero también la fecundidad histórica de cuanto él ha sembrado entre nosotros en pobreza, que es confianza en Dios, en pureza de corazón, que es disponibilidad a la voz del Espíritu, y en paz, que es servicio, comunión y amor.

## 2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES

### 2.1 ACTUAR EN EQUIPO: COLABORACIÓN Y CORRESPONSABILIDAD EN EL CAMPO DE LA FORMACIÓN

GIUSEPPE NICOLUSI  
*Consejero de Formación*

#### 1. Un documento que nos interpela

*La eficacia de la formación inicial*—camino que para los salesianos dura de ordinario unos diez años y se hace en comunidades diversas, normalmente cinco o seis, y no pocas veces en inspectorías y naciones también diversas— depende en gran parte de la convergencia en las actuaciones, de la unidad en los criterios, de la integración de los aspectos fundamentales, de la continuidad del proceso, etc. Proyecto, comunidad, equipo... son palabras que indican un estilo, una capacidad, un deseo de actuar de modo orgánico: de “actuar en equipo” en el campo de la formación.

Esta idea me sirve para introducir una reflexión sencilla y concreta, sugerida por un documento de la Congregación vaticana de Educación Católica: *Directrices sobre la preparación de los educadores en los seminarios* (= directrices), que se publicó en noviembre de 1993.

El tema que afronta dicho documento tiene una actualidad particular en el ámbito eclesial y en nuestra Congregación. El texto lo trata de modo directo y concreto, ofreciendo elementos de verificación y líneas operativas. En la primera parte muestra tres aspectos de la situación actual: escasez de educadores, las mayores exigencias del quehacer educativo, y las iniciativas y experiencias que se están haciendo. Siguen tres partes sobre los educadores: quiénes son, qué criterios se han de tener en cuenta al seleccionarlos, y su formación inicial y permanente. En la quinta parte se dan disposiciones prácticas.

Del documento —que debería ser objeto de atención en las comisiones inspectoriales de formación y en otros niveles— surgen inmediatamente algunas *preguntas que nos interpelan*. Por ejemplo:

- ¿Qué iniciativas y experiencias hay en nuestra Congregación para seleccionar, preparar y poner al día a los formadores (directores, maestros de novicios, directores espirituales, profesores, etc.)?
- ¿Tienen las inspectorías una línea política y una programación que contemplen la preparación, estabilidad y cambio del personal formador?
- ¿Qué pasos se han dado en el campo de la colaboración?

— ¿Existen situaciones de excesivo fraccionamiento que impiden una concentración racional y el adecuado aprovechamiento del personal preparado?

Dejando a un lado estos problemas, ciertamente estratégicos y urgentes, ahora me refiero a *uno de los aspectos en que más insiste dicho documento*; podríamos resumirlo en la siguiente afirmación: Puesto que la acción formadora debe tener un proyecto unitario y es fruto de colaboración, es preciso que quienes, por el título que sea, intervienen en su proceso sepan actuar de modo convergente y tengan capacidad para trabajar en equipo.

El “trabajar en equipo” en la formación tiene varios niveles:

- “en equipo” significa, ante todo, tener como primera referencia la identidad vocacional, la base común carismática, superando planteamientos genéricos o visiones individuales;
- “en equipo” significa también actuar de modo orgánico, basándose en planes e itinerarios que estén al servicio de un proceso unitario y unificador, superando el peligro de la fragmentación y de la dispersión;
- “en equipo” quiere decir asimismo tener sentido de equipo, capacidad de colaboración, comunión operativa y acción colegial, por encima de cualquier individualismo personal, de los cargos y de la separación de las etapas.

Ahora me refiero a este último nivel, íntimamente unido a los otros dos, para llamar la atención sobre tres puntos en los que es necesaria la convergencia y la corresponsabilidad:

- la *Formación de los Salesianos de Don Bosco* (FSDB) como primer punto de referencia para “trabajar en equipo”;
- la atención y confrontación permanente con la realidad de los jóvenes que se están formando;
- la colaboración en el nivel local, inspectorial e interinspectorial.

## 2. La FSDB, primer punto de referencia para “trabajar en equipo”

Hace quince años salía la primera edición de la FSDB y, cinco después, la segunda.

La *verificación* sobre la situación de la formación hecha por el XXI Capítulo General (1977-78) puso de manifiesto la necesidad de insistir en la *unidad y continuidad del proceso de la formación*, es decir, en el conjunto de los momentos que lo constituyen y su integración.

Como *respuesta estratégica*, la asamblea capitular determinó que se hiciera la *Ratio*, con objeto de presentar, en visión global y orgánica, el conjunto de los principios y normas que regulan la formación salesiana en todo el mundo.

La FSDB quiere, ante todo, asegurar la *unidad carismática, la estructura orgánica del plan de formación y la convergencia de las actuaciones y de los agentes* en el proceso de formación. Por consiguiente, el documento motiva toda la formación a par-

tir de la identidad salesiana, punto unificador, y subraya con sentido vital y coherente los elementos comunes de nuestro proyecto de vida. Al hacerlo, se mantiene en una línea de directrices generales y unitarias, abierta a la diversidad de situaciones y, por tanto, a la adaptación al contexto, a las exigencias de los tiempos, a la verificación constante y a la renovación.

La FSDB se pone al servicio de una *visión orgánica, salesianamente identificada*, dinámica y diversificada de la formación, que se prolonga en los *directorios inspeccionales*, cuya función es aplicar a la realidad local las orientaciones de la *Ratio* y establecer el modo de formar según las exigencias del contexto cultural (Reglam. 87).

La FSDB y los directorios son la concreción de la *pluriformidad en la unidad* de que hablan nuestras Constituciones: «El carisma de Fundador es principio de unidad de la Congregación y, por su fecundidad, está en la raíz de los diversos modos de vivir la única vocación salesiana. En consecuencia, la formación es al mismo tiempo unitaria en sus contenidos esenciales y diferenciada en sus realizaciones concretas: acoge y desarrolla todo lo que hay de verdadero, noble y justo en las diferentes culturas» (Const. 100).

Es imprescindible que todos los que, por el título que sea, están llamados a “trabajar en equipo” para la formación salesiana adopten como *primer punto de referencia la “Ratio”*, peculiar instrumento de identificación y de planteamiento orgánico de la formación, se confronten con ella y hagan, según ella, las oportunas verificaciones.

### **3. “Trabajar en equipo” escuchando “la voz de las culturas y de los jóvenes”**

#### ***3.1 Estar atentos a la voz de las culturas y de los jóvenes***

Es importante referirse a la *Ratio* para formar de acuerdo con las directrices de la Iglesia y de nuestra Congregación, pero no es todo. La FSDB es la base y orienta la labor de las comunidades inspeccionales, a quienes incumbe la responsabilidad de formar según las exigencias del propio *contexto cultural*, escuchando más de cerca *la voz de las culturas y de los jóvenes* (Const. 101, FSDB 15-19).

El *campo educativo-formativo* es, por su misma naturaleza, un campo *en continua evolución y fuertemente contextualizado*. Es una constatación diaria para quien está atento a la rica y compleja geografía de nuestra Congregación, como se ha visto en las visitas de conjunto, que, en su deseo de dar una formación salesiana cada vez más identificada, han descubierto la diversidad de problemáticas, sensibilidades y prioridades.

La *realidad juvenil* es compleja y cambia constantemente. Se ve, pues, la necesidad de cultivar una pedagogía renovada; la labor de la formación resulta más difícil y más necesitada ella misma de formación y preparación continua (Directrices 10).

Por tanto, es imprescindible que los educadores y formadores se tomen la moles-



tia de *confrontarse* con la realidad juvenil y formadora, analizando la vivencia de cada individuo, el camino de los grupos, el ambiente de la comunidad y todo el proceso y realidad de la formación en su conjunto: criterios, valores, métodos, etc., para *conocer* y *entender*, *discernir* y *proponer*, *verificar* y *renovar*. Para ello se requiere capacidad de escucha, de confrontación y diálogo, de discernimiento y de propuesta.

### 3.2 Para afrontar en equipo la tarea y los retos de la formación

No faltan experiencias interesantes en las inspectorías: comunidades, grupos de formadores, reuniones donde se medita, se renuevan y se revisan los planes, como "escuela de formación permanente" para los mismos formadores.

Con esta perspectiva, algunas inspectorías, teniendo en cuenta el XXIII Capítulo General, han estudiado de manera concreta el tema de *Formar a los jóvenes para la vida salesiana: tarea y reto hoy a la comunidad salesiana*. Se han preguntado por la situación de los jóvenes, pocos o muchos, que con nombre y apellidos empiezan el proceso formador, por su actitud frente al proyecto de vida religiosa salesiana, por sus expectativas y motivaciones, por los retos más urgentes de la formación, por las razones de su perseverancia y por los motivos de su abandono.

También han considerado la *relación entre esa realidad y el camino de la formación*: el punto de partida, es decir, el inicio de la experiencia de la formación; la propuesta en su conjunto: en lo específico de cada período, en la graduación de los itinerarios; la metodología de la formación; las áreas de atención y algunas dificultades más importantes.

De ahí se han deducido los *compromisos operativos* para toda la comunidad inspectoral y para los formadores.

Si se quiere actuar como educadores en la formación, es imprescindible estar atentos a una realidad que cambia siempre, y, simultáneamente, reflexionar, verificar, buscar y ofrecer las respuestas más adecuadas.

## 4. Trabajar en equipo: corresponsabilidad y comunión en el nivel local, inspectoral e interinspectoral

### 4.1 Indicaciones del documento "Directrices"

Cuando el documento *Directrices* de la Congregación vaticana de Educación Católica analiza la situación de los educadores, subraya *dos exigencias fundamentales*:

- la necesidad de cultivar *una pedagogía más dinámica*, activa, abierta a la realidad de la vida y atenta a los procesos evolutivos de la persona (Directrices 10);
- la necesidad del *espíritu de comunión y colaboración*, para desarrollar el plan de

formación; dicho de otro modo, la unidad de espíritu y de acción entre todos los agentes de la formación (Directrices 11).

Este segundo aspecto supone actitud de colaboración y mentalidad de equipo en los educadores, convergencia en el proyecto, unidad de criterios y capacidad de armonizar las distintas dimensiones de la formación.

He aquí algunas afirmaciones tomadas del texto:

- Es imprescindible poder disponer de *formadores y educadores* que estén «animados por el espíritu de comunión y colaboración, y conozcan los modos de trabajar en grupo y estén en condiciones de formar verdaderos equipos educadores, bien acoplados y dispuestos a colaborar fraternamente» (Directrices 11).
- Por lo tanto, hay que escoger a personas que «sepan trabajar en un *proyecto educativo común*, pues la experiencia demuestra que, sin verdadero “trabajo de conjunto”, es imposible que funcione bien el seminario» (Directrices 11).  
El principio de comunión «se demuestra en la capacidad de colaborar con prontitud y fraternidad». Según ello, en torno al *rector*, primer responsable de la unidad de dirección, de la planificación y conducción creativa y prudente de las relaciones y experiencias, «los educadores deben ser capaces de confluir, sobre todo cuando se trata de establecer o salvaguardar el carácter unitario del proyecto educativo» (Directrices 30, 43).
- La armonía es importante en todas las áreas de la formación; pero lo es aún más en la adopción de los *criterios de discernimiento* vocacional y para la *admisión* de los candidatos, a fin de asegurar la unidad entre todos los educadores, particularmente entre quienes prestan el servicio de la dirección espiritual y los confesores (Directrices 30, 44).
- Hay que procurar la *armonía* entre el *planteamiento global de la formación: formación intelectual—estudios— y prácticas pastorales*, mediante una acción convergente de los formadores, de los responsables de la coordinación pastoral y de los profesores. En este sentido, tiene una importancia particular el criterio formativo y el espíritu de colaboración entre los profesores de las diferentes materias.

Hasta aquí el documento vaticano, que se dirige, en primer lugar, a los seminarios diocesanos.

Es evidente que la comunión operativa, puesta como condición imprescindible para asegurar la unidad de la formación, es todavía más necesaria entre nosotros,

dada la diversidad de comunidades, centros de estudios, formadores y contextos, etc., que hay en todo el proceso.

#### ***4.2 Orientaciones concretas de la FSDB para la colaboración local, inspectorial e interinspectorial***

Para superar el peligro del individualismo, de la acción sectorial y de la fragmentación y asegurar las condiciones de una experiencia unificada, es imprescindible que converjan todas las actuaciones. Es una exigencia que nace de la experiencia cotidiana y que aparece con fuerza en la FSDB.

Recuerdo cuatro *áreas de esta comunión operativa*, que en la *Ratio* se presentan de forma clara, concreta y detallada, sobre los *formadores, la comunidad local y la acción inspectorial e interinspectorial*.

✧ **Para los formadores** (todos los responsables de la formación, y no sólo los que se hallan en las comunidades de formación inicial):

El papel de formador obliga a:

- «programar juntos la vida de la comunidad formadora, de modo que tienda a sus objetivos peculiares;
- formar con el director un equipo convencido de su responsabilidad común y, por tanto, procurar unificar los criterios de animación y de evaluación» (FSDB 143).

Un papel y responsabilidad especial en el logro de la corresponsabilidad y del sentido de equipo y en la organización de una labor orgánica y de planificación corresponde al director.

✧ **En las comunidades, entre comunidades, con el Consejo inspectorial:**

«**En la comunidad** (director, consejo, formadores, confesores) y en las comunidades de formación entre las que hay continuidad (prenoviciado, noviciado, posnoviciado, tirocinio) haya reuniones bien preparadas para favorecer la unificación en los criterios de discernimiento vocacional y de admisión, a tenor de cuanto se indica en el opúsculo “Criterios y normas de discernimiento vocacional salesiano - Las admisiones”.

»La comisión inspectorial de formación promueva reuniones del Consejo de la comunidad formadora con el Consejo inspectorial, a fin de esclarecer los criterios de la comprobación vocacional» (FSDB 303).

✧ **Entre centro de estudios, comunidad e inspectoría:**

«Garantícese la conexión institucionalizada entre el centro de estudios, la co-

munidad formadora y la inspectoría en que se encuentran. Dicha conexión puede realizarse mediante reuniones periódicas..., Consejo de dirección...» (FSDB 266).

#### ✧ **En el nivel interinspeccional**

##### **Para las comunidades formadoras (y los centros de estudios)**

«La colaboración interinspeccional (en comunidades formadoras y en centros de estudio) debe traducirse en corresponsabilidad real. Créense, por tanto, estructuras intermedias (patronatos, por ejemplo) que fomenten la participación eficaz de las inspectorías interesadas, definan y supervisen la orientación de la formación, y atiendan a las necesidades de personal y de medios» (FSDB 189).

##### **Para un centro de estudios interinspeccional (“patronato”)**

«Para que un centro de estudios relacionado con varias inspectorías alcance sus objetivos, parece necesario que haya un patronato, del que formarán parte los inspectores directamente interesados, el director de estudios, el director de la comunidad formadora y el administrador del centro de estudios o del estudiantado. Tendrá las siguientes incumbencias:

- indicar con claridad los derechos y deberes de las inspectorías participantes, el papel del inspector local y de los demás inspectores interesados;
- establecer eficazmente la colaboración del centro de estudios con las inspectorías que lo sostienen;
- mantener las relaciones con el consejero general de Formación;
- seguir con atención la actividad docente y formativa;
- tomar decisiones sobre el personal y los alumnos, la programación de estudios, el seguimiento de la marcha de sus antiguos alumnos y las iniciativas de formación permanente al servicio de las inspectorías y de la Iglesia local;
- seguir las orientaciones y normas de la Santa Sede sobre los centros de estudio eclesíásticos» (FSDB 265).

Estas indicaciones de la FSDB, aplicadas con responsabilidad y flexibilidad a las distintas realidades inspeccionales, contribuirán a fortalecer la acción colegial de los formadores, su capacidad de “trabajar en equipo” y, en consecuencia, la unidad de la formación.

Conviene que las comisiones inspeccionales de formación, los consejos inspeccionales y los patronatos hagan una *revisión* según las ideas que se acaban de recordar y aprovechen los estímulos que llegan del documento vaticano sobre la “formación de los educadores”.

## 2.2 IDENTIDAD DE LA COMUNIÓN EN LA FAMILIA SALESIANA DE SAN JUAN BOSCO

ANTONIO MARTINELLI,  
*Consejero de Familia Salesiana y Comunicación Social*

### Palabras del Rector Mayor

La mejor presentación del documento *Identidad de la comunión*<sup>1</sup> son las palabras con que el Rector Mayor prologa dicho texto, que es oficial desde el 31 de enero de 1995, al término de la Semana de Espiritualidad de la Familia Salesiana.

La copio íntegramente, dado que va a ser la base de esta breve reflexión.

«Queridos hermanos: Tengo la alegría de poder presentar a los grupos de la Familia Salesiana de san Juan Bosco la “Identidad de su Comunión”.

»Es fruto de la colaboración de varios grupos: un trabajo largo y delicado, para determinar los elementos fundamentales que construyen la unidad en el espíritu de san Juan Bosco.

»Se ha querido empezar por el *alma* de la Familia. El sentido de pertenencia a ella, más que de reglas externas, se nutre de la vitalidad del *espíritu común* que hermana a los miembros de los diferentes grupos.

»En cada persona y grupo hay que cuidar el espíritu de Valdocco y de Mornese; también se debe profundizar y relanzar lo que expresa la fecundidad de las intuiciones espirituales de nuestro Fundador.

»La tarea de búsqueda en común no termina con la redacción de este documento. Al contrario, yo diría que empieza hoy, para llevar a plenitud los horizontes que se abren aquí y desde aquí.

»Me limito a indicar dos:

»Ante todo, la voluntad de una vivencia concreta del espíritu salesiano. Estamos en una época en que el cambio rápido y continuo exige el fortalecimiento del *hombre interior* con estilo apostólico, para ser fieles a la vocación juvenil y popular. Tenemos que añadir ese suplemento de energía del cielo que nos pide la experiencia.

»Además, en el documento se habla de la necesidad de *llegar a formas institucionales concretas* que aseguren un camino expedito y compartido a la Familia Salesiana doquiera la conduzca la gracia del Señor. Las breves alusiones —en el ámbito

<sup>1</sup> La traducción de “carta” por “identidad” se ha hecho de acuerdo con don Antonio Martinelli, por resultar ambiguo, al menos en español, el término “carta” sin más especificaciones.

local, inspectorial, nacional y regional— a estructuras de comunión fraterna tienen que seguir desarrollándose. Comienza, pues, la tarea de los grupos, para no detenerse en el camino emprendido.

»San Juan Bosco todavía tiene mucho que enseñar a sus hijos. María Auxiliadora, la gran maestra de los orígenes y nuestra guía segura, acompaña y sostiene nuestro esfuerzo.

»Un saludo cordial del sucesor de san Juan Bosco, que con vosotros mira esperanzado al lanzamiento de la gran herencia del Fundador hacia las metas del tercer milenio».

Hasta aquí, el Rector Mayor.

### **Repasando la historia de los últimos años**

El Rector Mayor don Egidio Viganó y don Giovanni Raineri, consejero general de Familia Salesiana manifestaron, hace ya algunos años, su deseo de contar con un instrumento que indicara el camino de una comunión más profunda entre los grupos que constituyen la Familia Salesiana. La idea había tomado cuerpo como fruto del esclarecimiento de identidad realizado por los distintos grupos durante la renovación y aprobación de sus Constituciones. Los Salesianos de Don Bosco, las Hijas de María Auxiliadora, los Cooperadores Salesianos y las Voluntarias de Don Bosco tenían ya su texto programático definitivo tras la revisión que siguió al concilio Vaticano II.

Hubo otro hecho que dio aceleración al proceso: la celebración de 1988 y la carta de Juan Pablo II *Iuvenum patris*, que en su número 5 se refiere a san Juan Bosco como iniciador de «una verdadera escuela de nueva y atrayente espiritualidad apostólica».

Por su parte, don Sergio Cuevas, sucesor de don Giovanni Raineri al frente del dicasterio de Familia Salesiana, pidió oficialmente a los expertos de su dicasterio que prepararan un texto «para ayudar a los grupos actuales y futuros de la Familia Salesiana».

En esto se actuaba de acuerdo con el Rector Mayor y con la Madre General de las Hijas de María Auxiliadora, Marinella Castagno. El 16 de enero de 1990, con la asistencia del P. Joseph Aubry, autor del primer borrador, y de sor María Collino y Paolo Santoni, entonces coordinador general de los Cooperadores Salesianos, se presentó la primera redacción, que llevaba el significativo título de *Regla Común Salesiana*.

Se siguió trabajando durante tres años más: de 1992 a 1994.

Finalmente, en la solemnidad de san Juan Bosco de este año de 1995, el Rector Mayor promulgaba el texto definitivo y lo ponía en manos de todos los grupos, que son quienes deben aplicarlo en los diferentes contextos de vida y de acción.

## Algunos cambios de perspectiva entre 1990 y 1995

Durante la etapa de preparación del texto hubo aclaraciones y cambios importantes.

En primer lugar, se cambió el *título*: de “regla común” pasó a ser “identidad de la comunión”. No se trata del simple cambio de una palabra, sino de la perspectiva. Hablar de “regla” pareció algo que superaba los límites de un dicasterio. Debían sentirse implicados de forma más directa, responsable y decisoria, los órganos supremos del gobierno de cada grupo. Tal como estaban entonces las cosas, parecía que no se podía seguir dicho camino. No se excluyó su posibilidad, pero se prefirió no quemar etapas. El título de “Identidad de la comunión” quería hacer pensar en los grandes criterios que orientan las opciones concretas, en las afirmaciones fundamentales que dan razón del vivir y actuar de un modo determinado, y en los derechos y deberes reconocidos y cumplidos con miras al crecimiento de cada uno en línea con sus propios dones. No era un término reductivo; sólo se cambiaba el horizonte en que nos situábamos.

La *estructura del documento* no podía dejar de reflejar el cambio de título ni de presentarse en función de la comunión, que iba a ser el eje central del documento. Cabe afirmar que, en su nueva redacción, la comunión es el horizonte, el contenido, el instrumento y la pedagogía del camino y crecimiento de la Familia Salesiana de san Juan Bosco. A veces en su lectura podrá parecer que hay repeticiones. En realidad, no se trata de simples reiteraciones, sino de acentuaciones y de aspectos complementarios que, al terminar, muestran en toda su integridad la comunión evangélica vivida con el estilo de san Juan Bosco.

Hay otra novedad sobre la que me parece útil llamar la atención, dado que se sitúa en el plano del *método*. Para nosotros, el método es muy importante, pues nos sentimos y reconocemos como educadores. Al texto definitivo sólo se llegó tras múltiples y sucesivas redacciones. En todas ellas, los representantes centrales de los distintos grupos de la Familia Salesiana se reunieron para aportar observaciones y mejoras. Este modo de proceder supuso tres años de reflexión y estudio. Además, se implicó a los consejos generales de todos los grupos. Fue la mejor prueba de la comunión. Al oír la experiencia de cada grupo se descubrían las riquezas de comunión que vive la Familia de san Juan Bosco.

### **Una línea ideal:**

### **del Capítulo General Especial salesiano en 1971 al simposio sobre san Juan Bosco, fundador de la Familia Salesiana en 1989 y al documento “Identidad de la Comunión” en 1995**

La primera preocupación fue juntar el rico patrimonio que, durante los años de

su renovación conciliar, habían descubierto los grupos centrales de la Familia de san Juan Bosco. En concreto, siempre se ha hecho referencia principalmente a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora, a los Cooperadores Salesianos, a las Voluntarias de Don Bosco y a sus reflexiones.

Los simposios de 1982 y 1989, organizados por los consejeros generales de Familia Salesiana, respectivamente don Giovanni Raineri y don Sergio Cuevas, con el tema "Construir juntos la Familia Salesiana", el primero, y "Don Bosco, fundador de la Familia Salesiana", el segundo, más las circulares de don Egidio Viganó sobre el conjunto de la Familia y lo específico de cada uno de sus grupos, han sido los materiales utilizados para redactar el actual documento "Identidad de la Comunión".

Quien busque en él "novedades", quedará decepcionado, pues sólo encontrará cosas archiconocidas. No podría ser de otro modo, pues lo que se ha pretendido es juntar lo que compartimos todos, y no un texto de investigación o una especie de tesis doctoral.

La novedad está en que ahora contamos con un estímulo más para poner en práctica lo que ya sabíamos. Por lo demás, las novedades llegarán en el futuro, en cuanto que el documento "Identidad de la Comunión" abre nuevas ventanas y posibilidades de un nuevo camino, desarrolla algunas intuiciones y sugiere la institucionalización de organismos y medios que faciliten el crecimiento en la unidad carismática.

Desde este punto de vista, el documento tiene en cuenta a todos los grupos, porque en él cada uno aparece definido como "salesiano", aunque, de modo muy especial nos interesa a los Salesianos de Don Bosco, ya que el artículo 5 de nuestras Constituciones nos asigna responsabilidades peculiares, empezando por la de mantener la unidad del espíritu. Es un llamamiento que nos pone frente a inderogables obligaciones de animación y acompañamiento de los grupos, a fin de que vivan en su interior y hagan ver hacia fuera el "rostro espiritual" que da el ser Familia de san Juan Bosco. El Rector Mayor dice, al presentar el documento, que «se ha querido empezar por el alma». De ahí depende mucho la animación salesiana y no poco la calidad de cada grupo.

### **Función de la "espiritualidad" en la comunión de la Familia Salesiana**

En la comunión se pueden adoptar muchos modelos. El documento "Identidad de la Comunión" se ha optado por uno, que podemos describir así: todos los grupos viven un camino de profundidad, que corresponde a su identidad, y de corresponsabilidad mutua, que corresponde a la fidelidad carismática. El artículo 35 de nuestro documento afirma: «El hecho de pertenecer a la Familia, para compartir muchos las mismas riquezas espirituales, no disminuye los valores ni la origina-



lidad de cada grupo. La fraternidad no anula la identidad; la refuerza. Lo mismo ocurre con las situaciones concretas de las personas y su situación eclesial, que se afirman, fortalecen y enriquecen.

»Con la energía de su carisma, san Juan Bosco unifica, en la armonía de una única familia apostólica, al religioso y al seglar, al casado, al viudo, al célibe y al sacerdote, que de maneras distintas dan testimonio del espíritu de las bienaventuranzas. A nadie le quita su específica espiritualidad sacerdotal, laical o religiosa. El carisma de san Juan Bosco es una energía superior y global que marca la existencia y asume y jerarquiza, especificándolas y fortaleciéndolas, las diversas espiritualidades.

»La comunión es el fruto más maduro de la identidad carismática, de la autonomía en la organización, de la expresión de las peculiaridades de grupo y del enriquecimiento mutuo y generoso con los valores de todos. La comunión, pues, es siempre la meta única de la Familia Salesiana para vivir sus valores con la mayor intensidad».

Es una afirmación importante, pues le indica al Salesiano de Don Bosco cómo debe actuar y relacionarse con los grupos de la Familia, y también porque señala con claridad y fuerza a todos los grupos la necesidad de vivir en profundidad y fidelidad los dones específicos y originales del propio grupo, a la vez que buscan la convergencia con los demás.

Indicar el “espíritu salesiano” como punto de convergencia salva y asegura la autonomía en la comunión y la comunión en la diversidad.

Por ello, el documento “Identidad de la Comunión” se presenta como un estímulo para considerar “los rasgos característicos del rostro salesiano”, para profundizar las riquezas de la vivencia espiritual salesiana y para entablar diálogo con los grupos en este nivel interior y espiritual. Si el documento logra el objetivo de un crecimiento general y compartido en el espíritu salesiano, no habrá sido inútil, como un documento más, pero sin fuerza renovadora. Hay que esperar que todos los salesianos (aquí me refiero a cuantos se inspiran en el carisma de san Juan Bosco) lo valoren en sus relaciones apostólicas y completen lo que no se indica en el documento. Llamo, en particular, la atención sobre su artículo 37, que dice:

«... En los ámbitos regional, nacional, inspectorial y local, la unidad se mantiene e incrementa mediante los Consejos y Consultas. Para asegurar una vitalidad normal a la Familia Salesiana, parece imprescindible no dejarlos a merced de la sola buena voluntad de los responsables de la animación y gobierno de cada grupo en sus distintos niveles. Muchas veces las dificultades prácticas del trabajo apostólico y de las relaciones interpersonales o de grupo indican la necesidad y urgencia de una fraternidad activa que cuente con estructuras.

»La definición de las posibles estructuras deberá ser objeto de otra reflexión, compartida por todos los grupos de la Familia Salesiana».

La espiritualidad de la comunión necesita apoyos concretos y organizados. El hecho de definirlos favorece la misma comunión, que indudablemente es un don del Espíritu: es fruto del fortalecimiento del hombre interior; brota de la caridad pastoral que hace de Cristo, Buen Pastor, el centro de la tarea salvífica. Sin embargo, no se ha de excluir el papel que puede desempeñar también la organización de la comunión. Así pues, todos estamos invitados a llevar más allá las indicaciones del documento. ¡Es la ocasión para una nueva etapa de reflexión y profundización del espíritu salesiano!

### **Una mirada al índice de la “Identidad de la Comunión”**

Lo poco que se ha dicho hasta ahora y lo que pienso decir a continuación tiene por objeto estimular el deseo de tomar el documento para conocerlo, para reconocerse en él y para aplicarlo y vivirlo.

Los cinco capítulos de que consta siguen una estructura lógica muy sencilla. La comunión en la Familia Salesiana es una gracia (primer capítulo), que se hace participación buscada (segundo capítulo) mediante la actuación del espíritu salesiano (tercer capítulo), la formación en la comunión (cuarto capítulo) y el servicio mutuo (capítulo quinto).

Resulta evidente el amplio espacio que se da al espíritu salesiano, descrito en el tercer capítulo. Es un capítulo que merece una atención particular por algunas de sus originalidades.

Considerando su división en dos partes bastante amplias (parte A: *“Palabras” especialmente significativas de san Juan Bosco*; parte B: *Elementos fundamentales del espíritu común*), hay que superar la impresión de que se repiten las ideas. Admitimos que es así, pero se hace porque se quiere insistir en puntos verdaderamente importantes.

**La parte A** — *“Palabras” especialmente significativas de san Juan Bosco*, evidentemente en el ámbito del espíritu salesiano— *presenta la vivencia de san Juan Bosco*. La vivencia del Fundador podía compendiarse en una reflexión racional o recogerla manteniendo la fuerza vital de los orígenes, es decir, las “palabras” tal como brotaron del corazón de san Juan Bosco. Se optó por este segundo camino. Oír la voz del Padre invita a verificar su eco y fidelidad en los grupos, a hacer el esfuerzo de comprensión que supone la época y la cultura, pero también y simultáneamente su proyección en el hoy. Todo ello no ha sido un trabajo de uno por los demás, sino que cada uno debe hacerlo por su propia cuenta. Es importante advertir que las palabras escogidas indican la vivencia constante de san Juan Bosco: vivencia como experiencia de Espíritu Santo y como origen de una escuela de espiritualidad con su peculiar lectura del Evangelio de Jesucristo. Juan Pablo II nos ofrece, en su carta *Iuvenum patris*, un modelo de lectura en sintonía con cuanto recoge nuestra “Identidad de la Comunión”.

Invito, por último, a los Salesianos de Don Bosco a repasar la abundante literatura sobre cada una de las palabras de san Juan Bosco. Muchas circulares del Rector Mayor don Egidio Viganó se han centrado en “palabras significativas” de san Juan Bosco.

**La parte B** —*Elementos fundamentales del espíritu común*— indica algunos aspectos, compartidos por todos los grupos, en los que puede *compendiarse* el espíritu salesiano. Todo ello gira en torno a los grandes valores de la vida salesiana: Dios, Cristo, María, los jóvenes, el pueblo.

Esta opción facilitó la consideración *apostólica* de nuestro espíritu y de la comunión carismática salesiana.

«Caridad es el nombre del amor de Dios; más aún, es el nombre de Dios mismo. A los discípulos del Señor se les exige [esta virtud] como distintivo y como reconocimiento de que Dios guía sus pensamientos y acciones y su vida entera. Es el centro de toda la vida cristiana y evangélica, porque sostiene y orienta toda forma de apostolado.

En el estilo de san Juan Bosco tiene las siguientes características:

- es pasión apostólica, animada de ardor juvenil: también la llamamos “corazón oratoriano”;
- es fervor, celo incontenible, búsqueda de nuevas formas de hacer para salvar a los jóvenes;
- es participación en la misión de Jesucristo, Buen Pastor;
- es inspiración cuya fuente se halla en Pentecostés, en la presencia y acción del Espíritu de Dios;
- es solicitud que tiene en María un ejemplo eminente de donación de sí mismo;
- es exactamente lo contrario de la mediocridad...» (cf. art. 18 de “Identidad de la Comunión”).

Desde este horizonte, la comunión se injerta en la misión, pues esta última halla su fuerza y eficacia en la comunión. Por otro lado, la comunión en el estilo salesiano tiene su verificación en la capacidad de ponerse en camino para ampliar el círculo de la comunión. En la sensibilidad salesiana, ambas realidades y valores se reclaman e implican, se enriquecen y se completan. Así fue para san Juan Bosco, así es también hoy para nosotros en su escuela.

## Un don que debemos cultivar

La última reflexión que ahora me brinda el documento “Identidad de la Comunión” es la siguiente.

Hay que pasar del documento a la vida, del papel a la práctica. Indico, para ello, cuatro pasos imprescindibles para todos los grupos, empezando por los salesianos.

*1<sup>er</sup> paso: la comunión como don divino y como hecho*

Ante todo, es preciso captar el aspecto primero y más profundo de la comunión en cuanto tal: vínculo espiritual especial, don de Dios. Es la presencia del Espíritu del Señor lo que mantiene unidos a todos los miembros de la Familia Salesiana; los une de forma permanente, incluso cuando no piensan en ello, cuando no hacen nada para manifestarlo y cuando hacen algo que puede romperla. En su raíz, la comunión no es obra nuestra; es un don de Dios; existe objetivamente; es una realidad *espiritual*. Estamos unidos de hecho entre nosotros.

*2º paso: la comunión como percepción del corazón*

Por tanto, el primer esfuerzo que hay que hacer es tomar conciencia de una realidad que nos precede. Después vendrá el esfuerzo de vivirla. La comunión se vive, en primer lugar, en el corazón: sentirse con, sentirse a sí mismo —como persona y como grupo— unido a los demás y sentirse continuamente unido a los demás compartiendo los mismos valores de fondo. Si la expresión no pareciera exagerada, cabría afirmar que hay que vivir *una especie de comunión de los santos salesiana*. Se trata de experimentar un modo de pensar, sentir y ver a los demás como a hermanos y hermanas, y de estimarlos y quererlos, en primer lugar, interiormente. Si falta esta percepción del corazón, todo lo que se idee y organice no llegará a la profundidad que merece y necesita. Serán gestos superficiales.

*3<sup>er</sup> paso: la comunión como enriquecimiento mutuo*

La comunión en cuanto don y la comunión en cuanto conciencia de conjunto buscan mil ocasiones para pasar a la comunión activa, es decir, buscan las relaciones interpersonales y de grupo, el diálogo sobre las realidades de la Familia, el don de sí mismo. Lo interior trata de hacerse visible; el don se hace donación; la caridad se organiza; la unidad recibida quiere hacerse unidad manifestada y compartida.

Aquí entran en juego todas las riquezas del espíritu salesiano: el sentido de acogida, la confianza de unos en otros, la estima recíproca, la sencillez en las relaciones, el afecto profundo, la libertad de hijos y hermanos, el apoyo generoso de unos a otros, la alegría del servicio...

*4º paso: la comunión como comunicación y colaboración*

Así se llega a la acción. La comunión no se limita a palabras adecuadas en el momento justo (es el aspecto de la comunicación), sino que llena el corazón de tareas oportunas en el momento oportuno (es el aspecto de la colaboración). Es preciso hacerse discípulo de la comunión.

El camino de la “identidad de la comunión” es largo: por lo menos hay que echar a andar, si queremos terminarlo.

